



AÑO I

← BARCELONA 29 DE OCTUBRE DE 1882 →

NUM. 44

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



R. BONG & Aguirre

F. Neuhaus
1880

EL PRIMER CORCEL DE UN PRINCIPE, cuadro de F. Neuhaus

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—LA MÚSICA POPULAR (conclusion), por don Francisco Asenjo Barbieri.—LUCIO TRELLEZ, por don J. Ortega Munilla.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *El diamante piedra*, por don J. G. Cabiedes.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—EL PRIMER CORCEL DE UN PRÍNCIPE, cuadro de F. Neuhaus.—LA CAIDA DE LAS HOJAS.—ESPERANDO AL VENCEDOR, cuadro de E. Blaas.—EL PUENTE DE MADERA DE WESTERN-FORK EN EL CANADÁ.—PASEO POR LA PLAYA, cuadro de M. Volkhart.—LÁMINA SUELTA.—GOCES PATERNALES, dibujo de J. Llovera.

LA SEMANA EN EL CARTEL

José Marco, el conocido autor de *Sol de invierno* y *La feria de las mujeres*, es ante todo un autor honesto que procura imprimir á sus producciones un fin moral al alcance de todas las inteligencias. Por eso sin duda no tiende el vuelo á las altas regiones de la inspiración, contentándose con presentar asuntos no siempre nuevos, ni siempre interesantes, aunque sí desarrollados discretamente y salpicados de situaciones agradables, versos fáciles y correctos y profusos chistes.

Este juicio general de las obras del Sr. Marco cuadra perfectamente á su última comedia *Los conocimientos*, estrenada en el Teatro de la Comedia. Una familia lugareña, creída de que las relaciones todo lo allanan, va á establecerse á Madrid, dándose humos de poderosa, con objeto de casar bien á su hija única. Naturalmente, algunos pillastres le ayudan á disipar su modesta fortuna y cierto pretendido marqués, presunto aspirante á la mano de la niña, resulta al final que es Marqués, sí, pero de apellido. Afortunadamente á la niña le queda un tío, hombre práctico aunque rústico, y un primo, hijo de éste, que á un viéndola arruinada, la arranca de la miseria, brindándole su mano y un amor que siempre sintió por ella.

La comedia del Sr. Marco fué escuchada con agrado y aplaudida varias veces.

Valero, ese viejo de roble como en Madrid le llaman, ha dado una representación de *La Campana de la Almudaina* en el popular Teatro de Novedades, donde, cuando más joven, conquistó gran parte de sus triunfos. El último que ha obtenido es inmenso.—En el Teatro Real, *La Traviata* por la Sembrich, Masini y Pandolfini ha sido maravillosamente interpretada; no así *L'Ebreca*, que confiada á cantantes de ménos talla tuvo un éxito desgraciado.—A guisa de inventario consignaremos las obras de ménos importancia estrenadas desde nuestra última revista en los teatros madrileños: En *Varietades*, *La sopa está en la mesa* y *Don Sabino*, celebradas ambas por sus buenas ocurrencias: en *Martin*, *Sin conocerse*, y *Paga viciosa*, engendros insignificantes, y en *Novedades*, el melodrama *La torre de Londres*, basado en la novela del mismo título de Pablo Feval, que agradó extraordinariamente al público aficionado á las impresiones fuertes.

José Jam, prestidigitador español, natural de Cataluña, acaba de realizar en el Brasil un acto muy honroso, redimiendo de la esclavitud á veintitres hombres con el producto de otras tantas funciones dadas en diversos puntos de aquel imperio. ¡Escamotear las cadenas del esclavo! ¡Qué juego más hermoso para un prestidigitador!

Los autores bufos nada respetan: hasta aquí habían ridiculizado á los héroes y dioses de la antigüedad; mas ahora hasta se atreven con la Biblia. *La bella Ester* se titula una bufonada que se ha puesto en el *Metastasio* de Roma, cuyo libro es muy soso y la música bastante alegre y muy movida.

La Ristori interpretando á Shakespeare ante el público de Edimburgo ha producido fanatismo.

La Nilsson se ha despedido del público londonense dando en compañía de la Sims Reeve un gran concierto en *Albert Hall*, ante unos doce mil espectadores; y bien puede decirse que doce mil bocas la aclamaron y veinticuatro mil manos la aplaudieron. La famosa cantante, restituida á la carrera artística por quebrantos bursátiles y desgracias de familia, se ha embarcado para América.—Hacia el país del *dólar* dirígese asimismo la célebre Patti, dejando en Europa el recuerdo de sus inmensos triunfos y una hermosa esperanza. Antes de partir parece que ha prometido crear el papel de *Cleopatra* en la nueva ópera de Víctor Massé, que debe estrenarse en París en octubre de 1884.

Strauss, el festivo compositor vienés, se traslada á París, donde tan conocidas y admiradas son sus jugueteras composiciones. Antes de partir ha hecho el popular músico su mejor obra, consignando en su testamento la suma de 450,000 francos destinados á la creación de un asilo para músicos, que llevará su nombre.

En las *Galerías Saint Hubert* de Bruselas se ha estrenado *La Petite Reinette*, pieza en tres actos de Clairville y Busnach, con música de Varney. Algunos toques demasiado crudos suscitaron el desagrado del público: en cambio la música ligera, alegre y verbosa, fué extraordinariamente celebrada.

En París se suceden los estrenos, y tenemos el deber de mencionar los principales. *A tout seigneur tout honneur*, y el honor de la preferencia pertenece al popular Lecocq. Su nueva ópera cómica *El corazón y la mano*, luchando con un argumento extravagante, lleno de situaciones casi iguales á las de su obra *El día y la noche*, ofrece un caudal inagotable de delicadezas y de inspiraciones musicales. El público de París está extasiado, colocando á *El*

corazón y la mano entre las mejores obras de su fecundo autor.

Fanfan la Tulipe, ópera cómica de Ferrier y Prevel, con música de Luis Varney, estrenada en el Teatro des Folies-Dramatiques, tiene un libro lleno de situaciones musicales y pintorescas de que ha sacado partido el joven compositor, empleando con más frecuencia el estudio y el cuidado que la espontaneidad y la frescura.

La Princesa, estrenada en la *matinée* de *Varietades* por la Judic, una de las celebridades de la opereta, es un acto primoroso escrito por Raul Toché y adornado con rasgos musicales de Serpette. Escrita esta obra para solaz de los bañistas de Trouville, ha recibido en París la sanción de los *gourmets* de la delicadeza y de la gracia parisiense.

La comedia bufa *La bella polonesa* de Beauvallet, puesta en el Ateneo-Cómico, es el colmo del género disparatado: burla grosera de los más nobles sentimientos de familia, apénas si ha logrado hacer sonreír á los espectadores más encenagados en el género grotesco.

Sarasate ha alcanzado un inmenso triunfo en los conciertos Pasdeloup. No es menor el que ha reportado el prelude del *Parsifal* de Wagner, con todo y tener allí en París tantos detractores el famoso innovador.—En cambio en el Teatro de las Naciones de Marsella, durante un concierto clásico estalló de una manera ruidosa la rivalidad de wagneristas y anti-wagneristas. Estos silbaron una pieza del maestro de Bayreuth y los primeros descolgaron un cartel con estos lemas: ¡Viva Wagner! ¡Abajo las fronteras! ¡El arte no tiene patria! Nuevos silbidos sucedieron á esta manifestación, y los wagneristas tomaron pronto desquite, silbando á su vez la obertura de la *Gazza ladra* de Rossini.

Y ya que de escándalos hablamos, no es flojo el que se armó en el Gran Teatro de Lyon contra aquel ayuntamiento, por haber suprimido la subvención con que antes le favorecía. Los agentes de la autoridad viéronse obligados á despejar el coliseo, y como el tumulto continuara con más fuerza en la plaza de la Comedia, la función terminó de una manera desastrosa, con algunas cargas de caballería que produjeron buen número de heridos.

En los ejercicios de admisión á las clases de canto del Conservatorio de París ha sido aprobada una joven negra que se recomienda por una voz soberbia.

—Esta alumna ya tiene un papel reservado, decia un profesor que formaba parte del jurado de admisión, podrá hacer *La Africana*, sin necesidad de tiznarse el rostro.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL PRIMER CORCEL DE UN PRÍNCIPE cuadro de F. Neuhaus

El examen de este cuadro nos trae á la memoria el conocido episodio de aquel monarca á quien sorprendió un embajador en el momento en que llevaba montado sobre su espalda á uno de sus hijos, obedeciendo á uno de esos impulsos de amor paternal que sólo los padres comprenden. Pero si en un padre son dispensables estas que muchos llaman locuras, no es tan perdonable que un sér inteligente, un hombre que no sienta aquel afecto, se rebaje hasta el extremo de servir de juguete, de dócil cabalgadura á un chicuelo que debe inspirarle indiferencia cuando no aversión ó envidia. Verdad es que en la época de los bufones, pasaban como cosa corriente estas y otras humillaciones, y no sólo por parte de ellos, que al fin no era otro su oficio, sino por la de los más encopetados cortesanos, sumisos cumplidores de la voluntad ó del capricho de sus señores.

Por lo demás, el bello cuadro de Neuhaus nos exime de toda descripción, estando perfectamente expresado en él, así en los personajes como en los accesorios, el carácter de la escena y el de la época en que se supone esta.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

No puede negarse que toda estación tiene su poesía; y así como la primavera con sus flores, el estío con sus mieses y el invierno con sus nieves ofrecen poéticos encantos y contrastes deliciosos, el otoño los ofrece asimismo con la caída de las hojas, siquiera estos encantos vayan impregnados de cierta melancolía, y el espectáculo que presentan los campos y jardines nos hagan pensar con zozobra en los rigurosos días que se acercan. El otoño, como las demás estaciones, puede inspirar también al artista, al filósofo y al amante de la naturaleza, la cual, al despojarse de sus galas, no deja de ostentar esa rica y pintoresca variedad de cuadros y paisajes, tan dignos de observación y estudio como de que el pincel ó el lápiz los reproduzcan. Omitamos, al referirnos al otoño, la terrible frase de la *caída de la hoja*, frase en que va envuelto el temor de la caída de más de una existencia enfermiza y valetudinaria, y seguramente tendrá para todos no menores atractivos que las restantes estaciones.

ESPERANDO AL VENCEDOR, cuadro de Blaas

La escena pasa en Venecia. Un afortunado guerrero, probablemente vencedor de los turcos ó de los griegos, pueblos con los que estuvo casi constantemente en guerra la Serenísima República, regresa de su victoriosa expedición efectuando su entrada triunfal en la ciudad. Con tal motivo se engalanan las calles del tránsito, cuélganse los balcones con ricos y vistosos tapices, y en ellos se agrupan lindas damas que esperan con afán el paso del triunfador para manifestarle su entusiasmo saludándole y arrojándole ramos de flores.

El artista ha representado en el lienzo uno de esos balcones en el momento en que se acerca la marcial comitiva, y para presentar un conjunto más variado en tan reducido espacio, ha dividido en distintos grupos los espectadores. El principal de ellos, compuesto de damas que ostentan los elegantes trajes del siglo XVII, escucha el relato de la expedición que les está haciendo un apuesto joven. Las demás figuras guardan consonancia con la escena en que el pintor se ha inspirado, y mientras unas contemplan con curiosidad lo que en la calle pasa, otras arrojan flores, ó manifiestan de varios modos la satisfacción de que están poseídas. Es, en suma, un asunto animado, aunque en nuestro concepto escogido por el artista para hacer gala de la riqueza del colorido más bien que para expresar un pensamiento trascendental.

El puente de madera de Western-Fork en el Canadá

En el ramal del ferro-carril que une las poblaciones de Orangeville y de Elora con la línea de Toronto á San Lorenzo en el Canadá, llama la atención de todo viajero el curiosísimo puente que representa nuestro grabado. Tiene cuatro kilómetros de longitud, 20 metros de altura sobre el nivel del río Western-Fork, forma una curva de casi 90° y es enteramente de madera, como la mayoría de los puentes americanos. Las ensambladuras de las vigas y tablonas son sumamente sencillas, pues consisten en clavijas y zunchos ó grapas de hierro, prescindiendo de todo otro sistema de trabazon, por creerlo demasiado complicado los ingenieros del país, los cuales atienden sobre todo á construir rápidamente y á poco coste las vías útiles para la colonización. A pesar de estas condiciones defectuosas, el puente de Western resiste perfectamente el paso de los trenes y responde al servicio que está llamado á prestar.

PASEO POR LA PLAYA, cuadro de M. Volkhart

Aprovechando la clara luz de la luna y aspirando las suaves brisas del mar, la pareja que figura en el grabado ha salido á dar un paseo por la playa, mas no para entretenerse en amorosos coloquios, como haríamos los meridionales cediendo á la poesía inspirada por la compañía de una mujer querida, por la hora, el lugar, el ameno espectáculo de la naturaleza y la apacible calma de los elementos, sino para entregarse á la lectura de algun autor favorito. Cuestión de temperamento que, como es sabido, infunde afectos más sosegados en los habitantes de los países septentrionales, donde el pintor representa el asunto de su cuadro. Véase, sin embargo, que éste ha querido demostrar, más que otra cosa, sus conocimientos en los contrastes de luz y sombra, y por cierto que lo ha conseguido, pues cautiva verdaderamente la vista el plácido efecto de los tibios rayos de la luna riellando en las sosegadas olas, y parece que el cuadro entero está rodeado de un ambiente diáfano y purísimo.

GOCES PATERNALES, dibujo de J. Llovera

Bello grupo que pone una vez más de relieve la delicadeza del lápiz de nuestro colaborador artístico Sr. Llovera: hermosa escena que reproduce con animada expresión una de las pocas circunstancias de la vida en que el hombre siente un verdadero goce por nada velado, puesto que lo inspira la inocencia y ese instinto paternal innato en nuestra alma. ¡Cuántos padres, cuántas amorosas madres verán representado en nuestra lámina uno de los instantes de su existencia en que gozando de dicha más pura, de esa felicidad que procede de la unión íntima de tres criaturas en una sola aspiración, de tres séres identificados en un mismo cariño que los trasporta á regiones ideales, les hace olvidar las miserias de la tierra y les infunde lisonjeras esperanzas! Seguros estamos de que al contemplar el cuadro de Llovera más de un célibe recalcitrante vacilará en su tenaz oposición al matrimonio, y más de un esposo descarriado sentirá nuevos deseos de gustar las tranquilas delicias con que sólo el hogar doméstico nos brinda.

LA MUSICA POPULAR

(Conclusion)

Los alemanes, pues, poseyendo un genio musical privilegiado, y siendo además muy estudiosos por instinto y por necesidad, no podían ménos de explotar la rica mina de sus cantos populares, dándoles formas adecuadas á todos los géneros de música. Haydn, Mozart, Beethoven, Weber, Mendelssohn, Meyerbeer y otros muchos compositores célebres, cuyas obras recorren triunfantes la Europa entera, son la prueba evidente de esta verdad; y si nos concretamos á la música teatral moderna, hallamos al gran compositor Meyerbeer, cuyo genio músico ha producido obras maestras de inspiración y talento, que son aplaudidas en Alemania con igual entusiasmo que en todas las demás naciones; siendo muy de notar que las piezas de música de dichas obras que más entusiasmo producen en todas partes, son aquellas cuya melodía expresa con mayor verdad el carácter de la música popular alemana.

De propósito me he detenido en hablar de Alemania, porque hoy que en España empieza á popularizarse su música, no podrán ménos de interesar los curiosos detalles que llevo apuntados, los cuales

servirán tal vez de estímulo á los artistas y aficionados, para profundizar en el estudio de los países germánicos; estudio que me parece tanto más importante, cuanto que Alemania está destinada á ejercer cada día más influencia sobre el resto de Europa, en todas materias, pero más particularmente en las musicales, que allí se encuentran elevadas al mayor grado posible de esplendor.

Hablando de Francia no será tan extenso, porque, no sé si afortunada ó desgraciadamente, nuestro contacto es tan íntimo y frecuente con los franceses, que tenemos las mayores facilidades para aprender todas sus cosas, ó para imitarlas, aunque no siempre con acierto, porque lo que generalmente solemos aprender ó imitar es lo malo. Pero perdónese esta digresión impertinente, y volvamos á mi objeto de la música popular.

Los antiguos trovadores, juglares y ministriles de la Provenza y de otras diferentes provincias que hoy constituyen la nación francesa, fueron los conservadores y también creadores de la música y poesía popular de su país. Los *vau-de-vire*, las *complaintes*, los *lais* y otras especies de canciones, se conservan en Francia tradicionalmente, aunque con nombres más modernos, pero tan arraigadas en el gusto del pueblo, que puede muy bien decirse que la Francia es el país del *couplet*, la *romance*, la *ronde* ó la *chansonnette*.

Del genio alegre y epigramático de Piron, Crebillon (hijo) y Collé, nació en París por los años de 1733 una sociedad gastronómico-lírica, llamada *Société des diners du Caveau*, cuyo objeto más principal era el cultivo de la canción popular. La importancia de esta sociedad y de sus imitadoras, que han existido hasta nuestros días, se comprende con decir que á ellas han pertenecido muchos hombres ilustres de Francia en la literatura, la música y otras bellas artes. Sería en extremo prolijo citar los nombres de todos los socios; pero uno solo basta, el de *Béranger*, para formar juicio de los resultados de estas sociedades, donde, según la feliz expresión de un escritor, *Le vin a fait plus de chansonniers que toutes les eaux de l'Hippocrène*.

A estas reuniones de gente alegre no se desdeñaban de asistir también hombres graves ó de alta posición social. El gran maestro de ceremonias de Napoleón I, el célebre conde de Ségur, presidió cierto día uno de los banquetes sociales; y á la hora de los brindis presentó una epicúrea canción que había compuesto expofeso, y que empezaba:

*Rions, chantons, aimons, buvons:
En quatre points c'est ma morale.*

Y como el conde de Ségur tenía mala voz, pidió al célebre Désaugiers que le prestara la suya, que era melodiosa en extremo. Cantó, en efecto, Désaugiers la referida canción, y con ella terminó este banquete, que fué uno de los más notables del *Caveau moderne*.

Desde los tiempos antiguos se ha profesado en Francia una especie de culto á la *chansonnette* y al *vaudeville*. Las imprentas de París, Lyon y otras ciudades han dado á luz multitud de canciones populares antiguas y modernas, de que se ven llenos los catálogos de bibliotecas y librerías que nos llegan continuamente; y sobre todo, hace pocos años que, con el título de *Chants populaires de la France*, se dieron á luz varias colecciones impresas con gran lujo, en las que aparecen unidas la poesía, la música y preciosos grabados en acero ó en cobre dibujados por los mejores artistas franceses.

Sobre la base de esta música popular vino á formarse en fin la llamada escuela francesa, que tanto brilla en el espectáculo lírico-dramático titulado *Opéra comique*, y que ilustraron los célebres compositores Méhul, Boieldieu, Herold, Adam, Auber y otros muchos, cuyas obras, en su mayor parte, son tan populares en Francia cuanto en el resto de Europa.

En Inglaterra, ya sea porque sus hijos miren con más predilección la política y las grandes empresas mercantiles que el cultivo de las bellas artes, ó sea por otras causas que no es del caso averiguar ahora, es lo cierto que la música se halla en atraso respecto á las naciones que acabo de enumerar: sin embargo, este atraso debe entenderse tan sólo en lo referente á la música teatral, pues en los demás ramos del arte, y sobre todo en la música popular, no tiene Inglaterra nada que envidiar á otra nación alguna.

Recórranse los pueblos del Reino Unido, y particularmente los de Escocia, y se oirán por doquiera las más bellas canciones que el pueblo compone y canta, canciones llenas de dulzura y de sentimiento, ó de carácter alegre y festivo, que contrastan sobremanera con la aparente frialdad de los ingleses. Y sin tomarse el cuidado de oirlas de la boca

del pueblo, bastará examinar la prodigiosa multitud de cantos populares que se han publicado y se publican todos los días en Inglaterra, para hacerse cargo del grande aprecio que de ellos hace la grave y poderosa Albion. Ni podía suceder otra cosa en un país cuyos naturales son tan orgullosos de su historia y de sus tradiciones, que hasta ostentan en el escudo de armas de su nación las arpas de los antiguos Bardos, de aquellos sacerdotes cantores y poetas, al par que guerreros, á quienes debe Inglaterra tan altos timbres de gloria, y particularmente sus cantos tradicionales.

En estas fuentes de la música popular bebieron Purcell, Balfé y otros compositores ilustres de la escuela inglesa, y sobre todos Handel que, aunque nacido en Alemania, puede ser considerado como un inglés en quien se resume toda la moderna gloria artístico-musical de la Gran Bretaña. Por lo tocante á mi objeto, recordaré solamente que la expresiva canción de la rosa, que se canta en la ópera *Martha* con aplauso de todo el mundo, es una antigua melodía popular irlandesa.

No hace muchos años que Rusia empieza á ser conocida, gracias á las facilidades que prestan los modernos medios de comunicación. Créase ántes que los hijos de aquel vasto Imperio eran semi-bárbaros, y hoy, que vamos teniendo más frecuente contacto con ellos, vamos recibiendo cada día una nueva sorpresa, que nos convence del grave error en que hasta ahora hemos estado. Por lo que á la música se refiere, hallamos que el pueblo ruso compone y canta preciosas melodías, llenas de una suavidad y de un calor que contrastan sobremanera con la aspereza y frigidéz de aquellas regiones, pero que manifiestan claramente que los pueblos del Norte, bajo su costra de hielo guardan también corazones sensibles en alto grado á los encantos de la música y de la poesía.

A la vista tengo una copiosísima colección de cantos populares rusos, publicados en San Petersburgo, y cuanto más los examino y estudio, más me deleitan su carácter sencillo y su natural elegancia; pero lo que más me llama la atención en ellos, es la semejanza que en muchos casos tienen con los que parecen propios y exclusivos de países tan distantes de Rusia como Italia y España. Observación es esta que dará lugar á estudio especial, limitándome por ahora á dejarla apuntada; y siguiendo mi propósito diré, que Rusia también cuenta con grandes compositores y maestros, que han sabido aprovechar el tesoro de sus cantos nacionales, para producir óperas como *La vida por el Czar* y otras, con las cuales el nombre del distinguido y malogrado maestro Glinka va adquiriendo de día en día una celebridad europea.

De propósito he dejado para lo último el hablar de España, por dos razones: la primera, porque siendo yo español galante, me era indispensable hacer cortesía á los extranjeros, y la segunda, porque así podré despacharme á mi gusto, como se dice vulgarmente.

Al efecto, empezaré por lamentarme de la injusticia con que dichos extranjeros, y en particular los franceses, tratan de cuanto nos atañe; pero no es suya toda la culpa, sino de nuestra propia incuria, pues si Europa nos tiene en poco, es porque nosotros no nos tomamos el sencillo trabajo de darnos á conocer.

Los españoles, en general, solamente sacudimos pronto nuestra proverbial pereza, para los actos de la guerra, pero en los de la paz nos dormimos sobre nuestros laureles, dejándolos secar en el olvido ó viendo que cualquiera nos los arrebata, sin que tengamos aliento ni siquiera para protestar de tal despojo.

Ya es tiempo, pues, de que hablemos muy alto, para reivindicar las glorias que legítimamente nos pertenecen; puesto que, por lo que á la música se refiere, la historia declara los triunfos que España alcanzó sobre la misma Italia; y hechos bien recientes ponen de manifiesto que caminamos al nivel, cuando ménos, de las naciones más adelantadas.

Es preciso no haber pisado nuestro territorio, y no haber tratado con ningún español, para atreverse á negar nuestras grandísimas disposiciones naturales para la música. En España, el pueblo compone y canta con exquisito gusto las más bellas y variadas canciones. Cada una de nuestras provincias es dueña de un rico tesoro de melodías populares, que revelan los rasgos propios de su genio ó de su historia. Los *zorricos* vascuences, con su carácter primitivo y su ritmo extremadamente original; la *muñeira* y otras melodías de Galicia y de Asturias, con su sabor arcaico; las *cañous* de la montaña de Cataluña, recuerdo vivo de los antiguos trovadores lemosines; las *señidillas manchegas*, en sus infinitas variedades; las *jotas* de Aragón, Navarra y Valencia, en sus múltiples formas; el *fandango*,

la *caña* y las *playeras*, que recuerdan los siglos de la dominación de los árabes en España; la *zangana* y las *habas verdes*, que de antiguo se conservan en el centro de Castilla; y en fin, los *boleros*, *pasacalles*, *vitos*, *parrandas* y otro sinnúmero de melodías de todos géneros, hacen de España una de las naciones más interesantes bajo el aspecto de la música popular, cuya riqueza es inagotable.

En todos los tiempos hemos tenido compositores ilustres, que miraran con particular predilección la música del pueblo: de ésta trataba el célebre doctor y catedrático de música de la Universidad de Salamanca, Francisco Salinas, en el siglo XVI: en ella se ocupaban todos los maestros de capilla, cuando componían para las fiestas más solemnes de la Iglesia multitud de villancicos, donde se introducían todo género de cantos populares: no pocas misas se componían sobre el tema de algún romance ó canción callejera, á veces de las de más baja ralea; y aún se establecían reglas para poder mezclar lo sagrado y lo profano en la música de los templos: ejemplo de esta verdad es una obra didáctica española del siglo XVI, que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de París, en cuya obra he leído un *Exemplo de cómo se puede echar un cantarcico sobre el Kirie*, y luego está la música á cuatro voces, tres de las cuales cantan la plegaria *Kirie eleison!* y la otra al mismo tiempo entona:

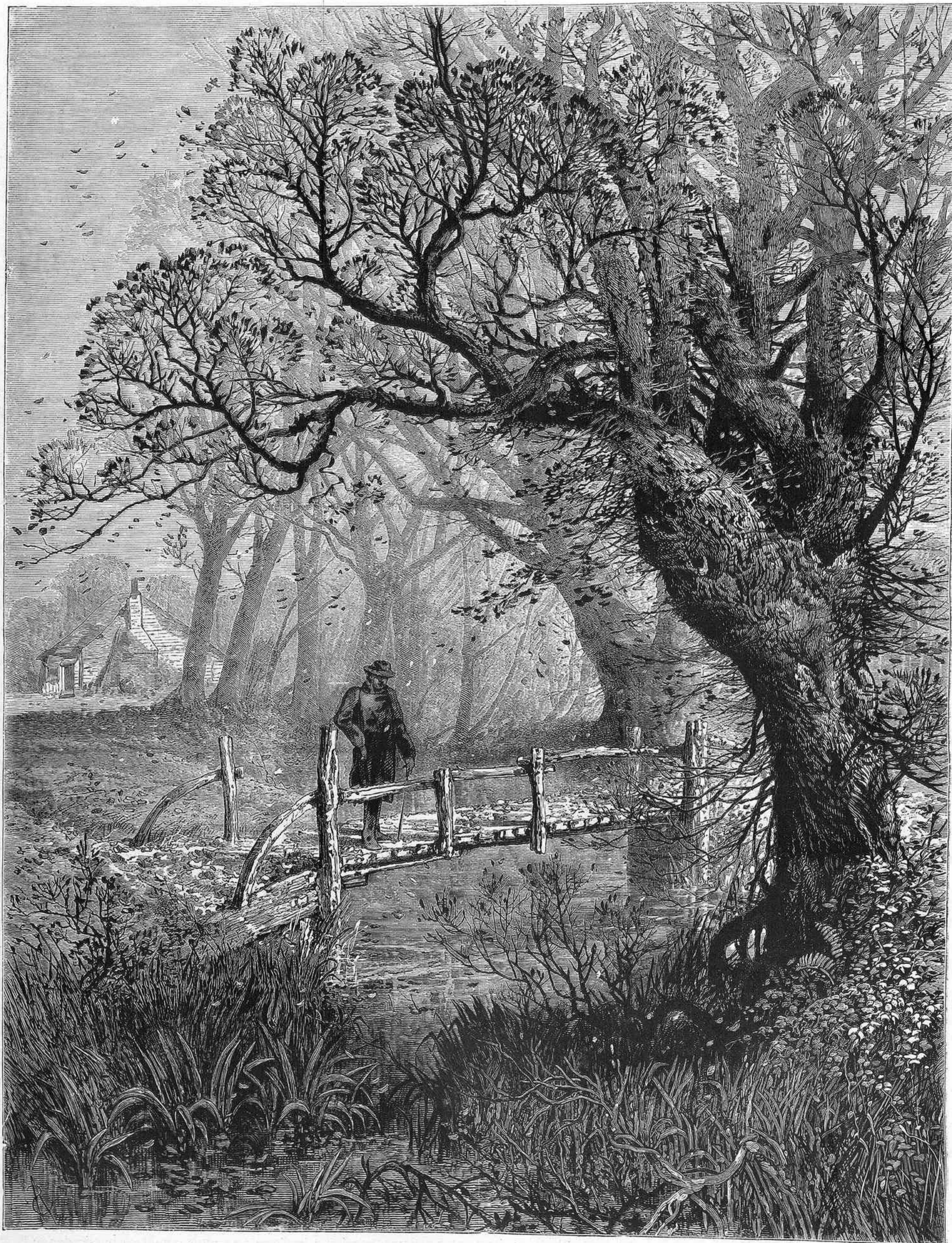
«Si tantos monteros
la caza combaten,
por Dios que la maten.»

Parece extraño que los venerables obispos y doctores de aquellos tiempos consintieran, y nada ménos que durante el Santo Sacrificio de la Misa, esta irreverente mezcla de lo humano con lo divino, que es, como decía Cervantes, «un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento.» la tolerarian quizá por la fuerza de la costumbre, y porque la considerarían como acto que en nada podía menoscabar la fe religiosa de los españoles de aquellos tiempos. Como quiera que ello fuese, el hecho es evidente y prueba la gran predilección con que se miraban los cantos del pueblo aún por las personas más doctas y graves. Y bien considerado nada hay que extrañar, sabiendo que á la Iglesia deben las artes todas y en particular la música sus más gloriosos timbres.

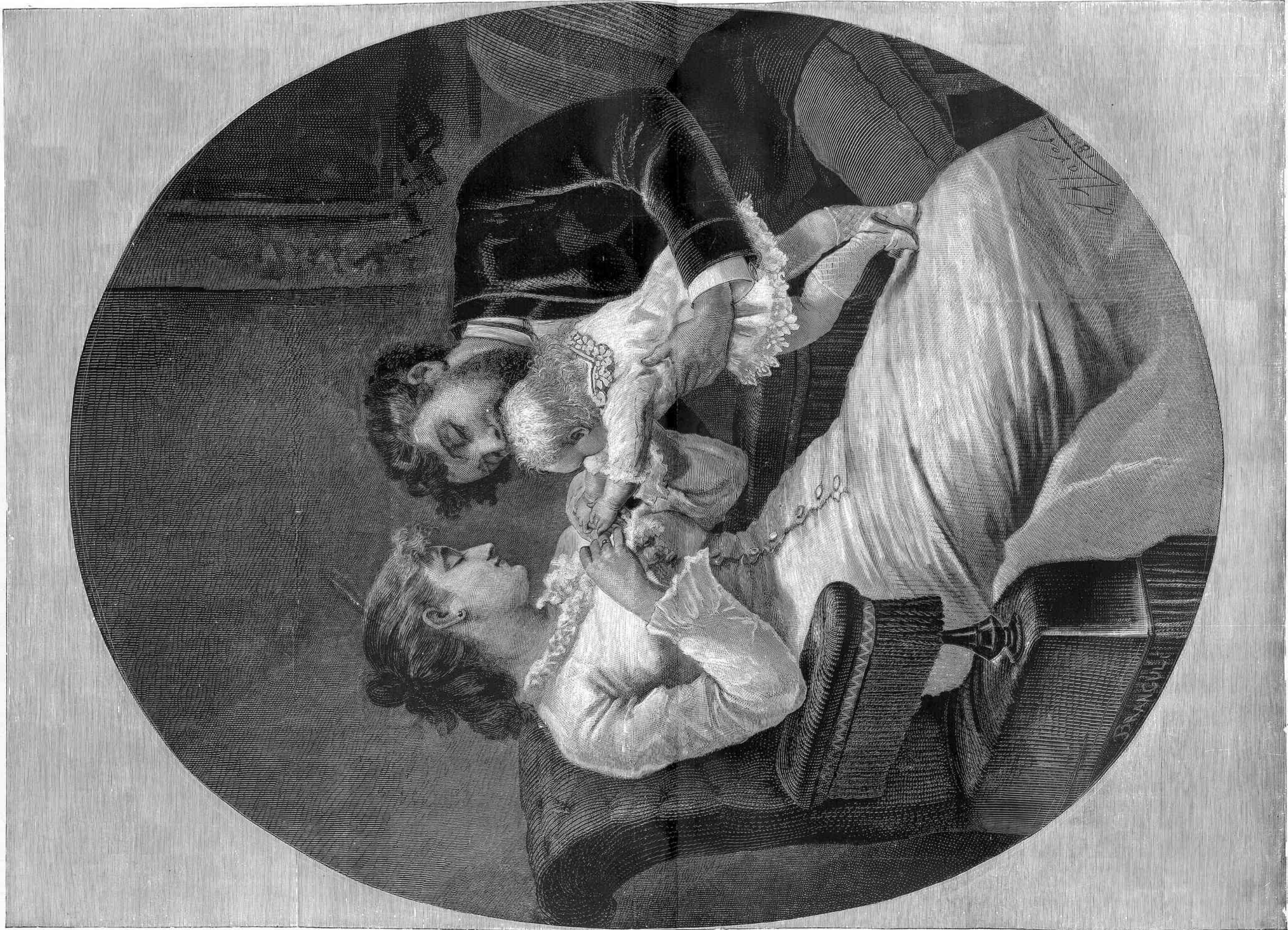
En la Iglesia nació la ópera bajo la forma de *drama litúrgico* ó *oratorio sacro*, en que se cantaban los hechos de la Sagrada Escritura y hasta se bailaban, adornándolos con grande aparato de trajes, decoraciones y máquinas. De la Iglesia partió la ilustración musical, puesto que eclesiásticos fueron casi todos los maestros de música que enseñaron el arte en las catedrales, colegios, conventos, universidades, y hasta en los palacios de los príncipes y en las casas particulares; y sin embargo, la música popular seguía en todo su auge, influyendo tan poderosamente en la música sagrada, que no pocos escritores empezaron á declamar contra el abuso de cantar y tocar en la Iglesia con demasiada frecuencia la música profana de las canciones y bailes: pero de nada sirvieron tan justas declamaciones, porque el abuso ha continuado hasta nuestros días, en los que algunas veces suelen oírse en el órgano melodías de óperas y zarzuelas, y hasta canciones de negros. Yo recuerdo haber asistido, no hace mucho tiempo, á la fiesta del santo patrono de cierta aldea de Castilla, en cuya iglesia el órgano estaba inservible, y fué necesario suplirlo con otros instrumentos; de modo que la misa se cantó con acompañamiento de dos guitarras y una bandurria, las cuales durante el ofertorio ejecutaron un aire de bolero; y, como si esto aún no fuera bastante, la dulzaina y el tambor tocaron mientras se alzaba la hostia, el pasacalle que en la plaza del pueblo acababa de servir para la danza del paloteo.

La música popular española también dió que hacer á las imprentas de Valencia, Sevilla, Valladolid, Salamanca, Barcelona, Zaragoza, Madrid y otras poblaciones de la Península, durante los siglos XVI y XVII. Llenas están de antiguos romances, villancicos y canciones las obras musicales de Milan (Don Luis), Valderrábano, Pisador, Fuenllana, Daza, Sanz, Ruiz de Ribayaz, Doizi de Velasco y otros muchos autores, quienes en cifra de vihuela nos han legado tan rico tesoro, en prueba del gran aprecio que entonces se hacía de la música del pueblo.

Hoy también se hallan algunas interesantes colecciones de cantos populares, publicadas en Barcelona, Madrid, Málaga y otras ciudades, de cuyas colecciones me ocuparé oportunamente: y esto por lo que á la música en particular concierne, pues respecto á poesías cantables que se han publicado en España, no hay más que consultar la multitud de romanceros, cancioneros, etc., etc., para conven-



LA CAIDA DE LAS HOJAS



GOCES PATERNALES, DIBUJO DE J. LLOVERA



ESPERANDO AL VENCEDOR, cuadro de E. Blaas

cerse de que en todo esto nos hallamos á la más envidiable altura respecto á las demás naciones de Europa.

De tan ricos tesoros se aprovecharon tambien los compositores españoles para nuestra copiosa variedad de espectáculos lírico-dramáticos, como las églogas, serenatas, comedias con música, fiestas de zarzuela, autos y loas sacramentales, entremeses y bailes cantados, que forman nuestro gran repertorio teatral, hasta el siglo XVIII, en cuya época aparecieron las tonadillas y operetas, que son verdaderos depósitos de melodías populares, y que, como tales, han sido aplaudidas generalmente hasta nuestros días. Todavía son celebradas las tonadillas del *Triplé, La Gila y el Sacristán* y otras no ménos características que fueron el encanto de nuestros padres, y en las cuales figura casi exclusivamente la música popular española.

De treinta años á esta parte se ha hecho popular la moderna zarzuela, no sólo en nuestra Península sino en muchos puntos del extranjero. Sobre este hecho notorio no soy yo el llamado á hacer comentarios, porque siendo autor de setenta y dos obras de tal género, parecería interesado y aún inmodesto cuanto dijese: no obstante, bien puedo apuntar la observación de que las obras, tanto mías cuanto de otros autores, que mayor éxito han alcanzado en España y fuera de ella, son aquellas cuya música está compuesta sobre la base de las melodías populares.

Por todo lo apuntado anteriormente puede conocerse que el estudio de la música popular es de grandísima importancia en sus fundamentos psicológico, etnográfico y artístico. Así lo han considerado y consideran cada día más los filósofos, historiadores y musicólogos más distinguidos, y así debe tambien considerarlo todo compositor de música, que aspire con sus obras á obtener el aplauso universal.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI

LUCIO TRELLEZ

Esta interesante novela, que ha alcanzado en los pocos días que se publicó, una favorable acogida por parte del público, pinta escenas de la vida de Madrid, personajes de todos conocidos y luchas en que se combaten los distintos ideales de la época moderna. Lucio Trellez es el hombre de humilde origen que siente bullir dentro de su cerebro la fórmula de Shakespeare «ser ó no ser.» Frente á él aparece el carácter endeble y torcido de Anatalio Ustariz, á quien los halagos de la fortuna enervan, arrastrándole á término desastroso. Rosario y Luciana embellecen este cuadro con sus poéticas figuras llenas de luz.

Creemos agrandar á nuestros lectores ofreciéndoles una bella descripción de Madrid, que ofrece interés aún desprendida de la novela.

«Descendieron Luciana y Gervasia por la Ronda, y luego torcieron á la derecha, encaminándose hácia las Peñuelas. El piso polvoriento reflejaba la cegadora blancura de los rayos del sol, no templado en su iracundia ardiente, ni por una leve nube. Aquel misero barrio, que se diría edificado con los escombros de una ciudad muerta, parecía dormido. Su única animación estaba en las tabernas, muy abundantes á la verdad, á cuyas puertas, sentados alrededor de circulares mesas de pino, veíanse hombres del pueblo que jugaban á los naipes y bebían, acompañando jugadas y libaciones de fuertes tacos y palabrotas de esas que levantan ampollas.

Podía estudiarse el degenerado vástago de los chisperos castizos de don Ramon de la Cruz, en el mozo aquel flaco y desgraciado, de rostro juaneto y lleno de ángulos, que adorna un lunar de pelo, y cuyas sienes cubren salientes mechones de un cabello muy enebado y brillante. Podía verse á la última expresión de la chula clásica, envuelta en una bata de percal blanco, con el pañuelo de seda rodeando los primores de la artificiosa arquitectura de su peinado. Podían verse ciertos espantajos, mitad sombra, mitad ser humano, que con los pantalones astrosos y sucios, descalzos, cual con la camisa por toda cobertura de su cuerpo, y esa desgarrada y denegrida, cual con amplio chaqueton hecho para cuerpo más robusto, andar de merendero en merendero, fijando sus turbios ojos de alcoholizado en los vasos de vino que se despachan y beben, y paseando sus despreciables personas por aquel pudridero humano, en que se corrompen hasta las flores, pues las niñas que corren y alborotan delante de tales tiendas, muestran en sus labios y en sus juegos una precocidad tristísima para todo lo malo. Angeles de á cinco años fuman allí sus cigarrillos, alargando la procaz cabecita para arrojar

las espirales de humo, y otros disputan y riñen con vocablos y ademanes, que causan rubor hasta á hombres avezados á las groserías de la más grosera vida. Angeles y demonios han caído juntos en aquel vertedero de inmundicias, y se confunde el ruido de las alas del pájaro con el de las escamas metálicas de la culebra. *Tigris agni.* Todo el movimiento comercial de este barrio consiste en el ruidoso traqueo de media docena de carros desvenecidos, que arrastran mulas éticas, bisuntas y poco más vivas que la mula de Cardenio, sobre cuyos lomos cruje el bárbaro látigo de un muñeco de carne, pues no debe llamarse hombre á aquel mal vestido y peor calzado carretero que prueba todos los días cómo el ser humano puede sobrepujar en crueldad á la más torpe bestia. Estos carros llevan huesos, tejas, animales muertos, yeso y paja podrida á unos cuantos depósitos de las afueras.

El gasómetro arde á la derecha, inficionando la atmósfera del barrio con el humazo negro de sus nunca apagadas calderas. Asomándose á los despeñaderos de unos barrancos que bordeaban el camino, y á los cuales van á verter el escombros de las casas que se echan abajo en Madrid, vieron Luciana y Gervasia unas figuras negras que andaban, iban y venían sobre un suelo de tinta, en medio de una continua vaporación de gases negros con el semblante chorreando un sudor de pecina, con las blusas y los calzones, que de lienzo azul fueron en otros días, teñidos de un betun oleaginoso. Imposible parece que de aquella inmundicia negra salga la luz. Verdad es que de la noche sale el día.

Más de una hora invirtieron en llegar al hospital. Era un caseron destartado, de antigua construcción, con paredes de revoco y pocas ventanas. Sobre la puerta había un niño Jesus, pintado de azul y rojo, que sostenía en la mano una banderola con este letrero: *¡Dejad venir á mí los niños!* Entraron, y despues de saludar y obtener permiso del portero, viéronse en una sala no muy extensa con ventanucos ojivos en lo más alto de las paredes y estampas de santos adornando los lienzos. Cincuenta camas, en fila puestas, había á un lado y otro. Bien pronto distinguió Gervasia á su hija. ¡Qué horror! era aquella niña flaquita, desmedrada, llorona, cuya carilla de vieja, contraída por las mil arrugas de su llanto continuo, no tenía un solo rasgo de las características de la infancia. Su cabeza estaba cubierta con una gorra blanca y su cuerpo temblaba de frio, á pesar del calor de la estación, entre las dobleces de una recia manta.

Bajo aquella pesada y voluminosa envoltura adivinábase el cuerpo delgadísimo, magro y enteco de Loreto, como bajo la pluma del ave física se adivina su pobre caparazon de huesos. Su rostro presentaba manchas rojas en la frente y mejillas, su respiración era difícil, su mirar oblicuo y cansado. Era un dolor pero un dolor horrible el que causaba la vista de aquella criatura. Luciana lloró al mirarla.

—¡Hija mia! angelito, reina de las reinas, balbuceó Gervasia, apretando entre sus brazos aquel enfermo pedazo de sus entrañas. ¡Dios te bendiga, princesa!

¡Pobre princesa, pobre reina de las reinas! Contestó con una sonrisa que, al salir de sus quejumbrosos labios, parecía un reflejo del sol sobre un lago negro. Su madre la besó, y luego dijo:

—¿No conoces á esta señorita que viene conmigo? Es la señorita Luciana, la que te compraba confites.

Loreto no contestó. Su palabra había huido, siendo sustituida por el llanto.

—No llores, pobrecita mia, exclamó Luciana profundamente enternecida. Loreto, dame tu mano... Eso es... Bien... Déjame besártela, niña mia... Hemos venido á verte para decirte que tus hermanos están buenos... ¿No me preguntas por ellos?

Loreto para decir que «sí» dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si se la hubiese roto el muelle que la sostenía sobre los hombros.

—Todos me han dado un beso y un bizcocho para Loreto... Los bizcochos vienen aquí, añadió Gervasia desatando el pañuelo. Toma... Un bizcocho de parte de Gumersindo... Otro de parte de Ambrosio... Otro de Victoria y otro de Celina.

Conforme iban asomando los bizcochos, notóse un movimiento de asombro en las otras camas. Varias infantiles cabezas se alzaron de las almohadas; muchos pares de pupilas se clavaron en las manos de Gervasia llenas de golosinas; más de una lengua descolorida salió á relamer los labios que ambicionaban saborear aquellas chucherías deliciosas.

—Verás qué pronto te pones buena, dijo Luciana. Entonces jugaremos en mi casa tú y yo á las muñecas... Yo te compraré una muñequita de

carton, de esas que están puestas de pié sobre una tabla y andan solas como personitas muy pequeñas.

Loreto dejó de llorar, y sus ojuelos pálidos como que quisieran sonreír, miraron á Luciana, y ésta dijo:

—Pronto te pondrás buena... Vendremos por tí en coche... Te llevaremos á casa, donde tus hermanos te esperarán, asomados á la ventana... «¡Ahí viene Loreto!» gritará la gente del barrio, y milagro será que no echen á vuelo las campanas.

La cara de Loreto seguía intentando sonreirse y en sus pupilas había puesto el interior regocijo un reflejo luminoso.

Cruzaban por la sala, con mesurada andadura, las hermanas de la Caridad, luciendo sus azules hábitos y sus almidonadas tocas, comparables á las alas abiertas de un cisne. Acercábanse á los lechos de los enfermos y les decían algo, ó armadas de una cucharilla y de un frasco, los imponían por la fuerza el remedio que ellos de grado se negaban á tomar. Sonaban llantos y quejas que echaban de sus pechos aquellos santos inocentes al ser sacrificados por el Herodes-cruel de la ciencia. Aquella fila de cabezas rubias y morenas, pequeñas y maliciosas, angelicales y sonrosadas, amarillentas como la amarillez de la caña seca, daban compasión, daban lástima. Era una humanidad pequeña, incipiente, que se desvanecía ántes de llegar á ser, arbustos que hubieran sido árboles sin el prematuro golpe del leñador, nidos en que la dichosa juventud hubiera puesto las calientes y suaves plumas del amor, si ántes la muerte no hubiera puesto su mano helada. Había siempre un doloroso quejido vagando en el aire, y la puerta del salon al cerrarse, los ventanucos ojivos al abrirse, parecían gemir. El farol que en el centro de la estancia ardía de noche, diríase que al chisporrotear, arrojando de su negro pábilo quemados restos que estallaban cuando se desprendían del foco luminoso, lloraba lágrimas de fuego. Los lechos, al crujiir cuando aquellos pajaritos aleteaban, gruñían tambien.

No estuvieron allí mucho tiempo Luciana y la madre de Loreto, porque á las seis se cerraba al público la puerta del hospital, y para el concepto reglamentario, «público» son allí hasta las madres de los enfermos. Al despedirse de la niña, Luciana volvió á llorar. ¡Oh, pobre alma la suya, y cuán dolorida estaba! Todo la hacía sufrir á par de muerte, y tened la seguridad completa de que, si al salir del hospital, en vez de un cielo hermoso y refulgente, que parecía la mirada inmensa de Dios, hubiesen cubierto el horizonte negras nubes, la huérfana se habría sentido morir, influida por la atmósfera como una libelula. Para salir pasaron por la botica donde vieron mil dorados cachivaches, serpentinas de cobre, frascos con pomposos letreros, decorados como un ejército de vanidosos con su gran cruz cada uno pesando sobre el abdomen, instrumentos de hierro, de esos que causan pavor y harían pensar en una tabla de carnicero si no se supiera que son de la divina cirugía. Pasaron tambien por los cuartos de las hermanas de la Caridad, cuyas paredes adornaban ridículas estampas sagradas, una de las cuales era el Divino Maestro con el corazón encendido entre las manos, y otra la Virgen de los Dolores con siete espadas azules que se le clavaban en el seno. Salieron despues.

—¡Oh, qué horror!—dijo Luciana al verse en la calle.—¿Cómo permite Dios tantas desgracias? Quisiera tener en mis manos mil remedios de mil enfermedades y desventuras para abrirla y curar unas y otras. Donde se vuelven los ojos se ve una pena que necesita amparo. Parece que ha dejado de mirar Dios el mundo.

Gervasia lloraba tambien.»

JOSE ORTEGA MUNILLA.

CRONICA CIENTIFICA

EL DIAMANTE, PIEDRA

Para restablecer los términos en su verdadera propiedad, el diamante, al que me refiero, tituléndole la piedra más preciosa, debiera llamarse el producto más costoso. Pero goza de tal prestigio y cuenta con un auxiliar tan poderoso como es la apasionada simpatía del sexo femenino, que hay que desistir de toda resistencia y admitirle en el catálogo de las maravillas.

La química que da á cada producto de la naturaleza su nombre propio, segun el papel que en ella desempeña y segun su verdadera genealogía, ha comenzado por despojar á las piedras preciosas de los epítetos armoniosos con que la ignorante adulación las ha adornado y con inflexible severidad dice secamente: Rubí es alúmina; esmeralda silicato de glucina y de alúmina; granate silicato de aluminio y cal; turquesa silicato aluminico, etc., y termina pronunciando este terrible, inexorable y anti-estético fallo: diamante, carbono puro.

Reducido á estas proporciones y clasificado á la cola de los combustibles, la reputacion del diamante debió hallarse muy comprometida ante el criterio investigador y enemigo de todo lo maravilloso, que distingue al siglo diez y nueve. Sin embargo, hasta ahora, su prestigio ha podido sostenerse sin visible pérdida, merced al bello auxiliar que he indicado y con quien le ligan profundas afinidades de naturaleza. ¡Es tan bello el diamante! Sus luces son tan gratas, tan vivas, tan cambiantes, tan inquietas y sobre todo tan alegres, que bien pudiera decirse que dentro de cada una de estas preciosas piedras se agita un espíritu de mujer. Es extraño que los antiguos que, más justos que nosotros, sólo los apreciaban por ciertas virtudes supuestas en ellos, no hayan advertido tal semejanza, con lo cual, la piedra más preciosa hubiera llegado hasta los honores de la divinidad, en una época en que el romanticismo de las pasiones hacia de la mujer lo que hoy nosotros hacemos de la fortuna: la diosa de los destinos humanos. No era dado á su imaginacion novelesca hallar afinidades entre la mujer y la piedra, y sobre todo la piedra más inalterable; en esto deben diferir eternamente. A pesar de que por su parte la mujer ha tratado de estrechar los vínculos de su espíritu con el diamante, pues desde la más remota antigüedad, desde que entró los hombres se han sucedido las tradiciones ordenadas para basar sobre ellas las hipótesis históricas, la mujer aparece íntimamente ligada á esa preciosa piedra, como si sus destellos fueran el iris rutilante que abrillanta los primeros sueños de su hermosa imaginacion.

Y tan remotas son estas épocas, que no falta docto autor que haya afirmado que la misma Eva, al ser arrojada del Paraíso, se adornó las orejas, si no con diamantes, con cualquiera otra cosa que en su mente simbolizara un eslabon de su cadena de servidumbre. ¡Cuánto ha dorado desde entonces la mujer su esclavitud! Lo extraño es que no haya aparecido luego otro docto historiador que nos revele el tránsito minucioso de aquel primer signo de humildad hasta convertirse en emblema de tiranía doméstica y social. Pero lo cierto es que así ha sucedido. Plinio asegura que en su tiempo era más difícil ver á una mujer sin diamantes que á un cónsul sin el símbolo licitorio de su dignidad.

He dicho que los antiguos eran mas cuerdos que nosotros en su veneracion hacia la piedra llamada más preciosa, y poco esfuerzo se necesita para demostrarlo. El diamante no podía tener á sus ojos todo el atractivo que á los nuestros, porque no sabian tallarlo, y teniendo que usarse casi en bruto, su brillo era menor que el de cualquier pedazo de cristal de roca, quedando reducida toda su importancia real á la escasez con que lo concede la naturaleza. Sin embargo, la vanidad de los antiguos forjó otras causas más nobles de aprecio que la sola satisfaccion de una rareza, le consideraban como el único cuerpo inalterable á la accion del hierro y del fuego; aún más, le tenian como un poderoso preservativo contra los venenos y las enfermedades contagiosas; por último, su influencia llegaba hasta creerse que era protectora de la virtud. Por consiguiente, no sólo justificaban su debilidad por semejante piedra, sino que la misma piedra era elevada á la categoría de las cosas útiles, con cuyo diploma podía y debía entrar en el comercio de los hombres alcanzando por derecho el alto precio que sus mismos compradores se avergonzarian de conceder á un objeto reconocidamente inútil.

Despues, cuando el diamante ha perdido sus mayores títulos de gloria, cuando la ciencia ha reconocido su origen oscuro, esencialmente plebeyo, y ha desmentido su pretendida inalterabilidad revelando que como el verdadero carbon, su primogenitor, guarda la condicion de familia de ser aún más perfectamente combustible, puesto que arde sin dejar de sí reliquia alguna, cuando el martillo del lapidario ha hecho pedazos su equivocada pedantesca dureza, cuando en lugar de ser un antidoto contra el más insignificante veneno, es á su vez el incentivo de otros venenos más incurables, como la vanidad, el lujo y la avaricia, cuando el Brasil vertió sobre el comercio europeo miles de los diamantes que cria en su seno, quitando á la antigua piedra de las Indias hasta el maravilloso valor de su escasez, los modernos no se han tomado el trabajo de inventar cualidades nuevas que justifiquen su insensato culto á la que ya no suministra ni siquiera el placer de gozar de los mayores atractivos que debe á la industria moderna, pues el ingrato diamante no recrea con sus ráfagas á quien lo lleva, sino á quien lo mira de más léjos. Quedamos reducidos á confesarnos adoradores de nuestro propio orgullo, y si bien el hecho ha sido el mismo siempre, los esfuerzos de los antiguos en ocultarlo son una prueba de evidente cordura sobre nuestra despreocupacion.

La dureza del diamante, ó sea, su resistencia á ser rayado por todos los minerales y metales, es su más esencial cualidad, no porque para su valor intrínseco deba tenerse en cuenta esta propiedad, pues no se trata de edificar con semejantes piedras, ni puentes, ni baluartes, ni obras de mayor dureza, sino porque parecia raro que el ingenio humano no hubiese aprovechado tan ventajosa condicion en utilidad de algo más que labrar unas cuantas complicaciones de facetas sobre el mismo cuerpo. Y en efecto, como quiera que nada debe ser inútil á los grandes fines de nuestra trabajosa civilizacion, como quiera que los productos de la tierra deben tener para el hombre tanto más derecho á su estimacion cuanto más activos, provechosos y eficaces auxiliares le sean en sus constantes batallas para dominar ese reino sublevado que se llama

naturaleza, del cual es rey por derecho divino, pero que ha de ir conquistando á través de los siglos y á fuerza de victorias, el diamante debe ser un soldado que pone como los demás al servicio de su soberano, su esfuerzo y sus aptitudes y ocupar su sitio oportuno en la batalla. El diamante debe pues rehabilitarse sin recurrir á las falsas leyendas ni sostenerse á costa del miserable amparo del vicio y la debilidad. Puesto que posee por lo ménos una condicion excepcional sobre los demás cuerpos resistentes, su brillo y sus encantos serán mas preciosos sobre el blason de su positiva utilidad. En la humana asociacion no debe comprenderse al hombre frívolo, cuya vida, cuyo fin, cuya única tendencia sean el constante arrullo del placer á costa del trabajo y la utilidad de todos sus semejantes; á la luz de la razon, ante la severidad de la justicia, ese hombre sobra, como sobran al fin los zánganos de las colmenas.

El príncipe D'Anjou, durante su expedicion en demanda de la corona de Nápoles, se entretenia en enseñar á un general alemán, sus numerosas joyas, entre las que alababa con hiperbólicos elogios dos diamantes de gran tamaño. El general despues de haberlos visto preguntó al príncipe para qué servian aquellas piedras.

—Tienen altísimo valor, respondió Anjou, pero no sirven casi para nada.

—Lo decía, replicó el alemán, porque yo tambien tengo otras dos piedras mucho mejores que esas, puesto que sólo me han costado tres florines y me producen más de trescientos al año.

—¿Qué piedras son esas?

—Dos ruedas de molino.

Ahora bien, el diamante podía replicar hoy al general que se atreviese á lanzar sobre su inútil hermosura tan acerado epigrama.

Entonces era justo, hoy no. El diamante puede ya poner al lado de la modesta, laboriosa y benemérita rueda de molino una hoja de servicios si bien muy moderna, de gran porvenir, y parodiando la clásica frase de *no quita lo cortés á lo valiente*, replicar: *no quita lo de estrella á lo de piedra*.

Y en verdad, la industria, maestra de todas las aplicaciones é infatigable investigadora de todas las aptitudes, ha abierto al diamante una honrosa carrera de rehabilitacion fundada en la excepcional propiedad de dureza, inútil para el lujo, pero inapreciable para más altas necesidades.

La excavacion de las minas, trabajo penosísimo, que los antiguos reservaban á los esclavos y penados, venció la resistencia con que la naturaleza defendia los más preciosos secretos encerrados en sus entrañas, al aplicar la pólvora al esfuerzo de los exploradores. Tan trascendental y revolucionario descubrimiento, permitió avanzar con increíble rapidez en investigaciones que ántes no podian ni intentarse por imposibles. La ciencia se ha encargado de dirigir y perfeccionar el poder de tan inapreciable auxiliar y los efectos han correspondido á la matemática exactitud de los cálculos basados sobre tan poderoso agente.

Pero si tan grandes resultados se obtienen con la pólvora en las galerías de las minas, en cambio la apertura de los pozos artesianos quedó como ántes, sin que para tan importante y penoso trabajo alcanzara la facilitadora accion de la pólvora. Los perfeccionamientos realizados hasta el dia en esta industria, segun las más extensas memorias, sólo consisten en el empleo de motores mecánicos y de máquinas más ó ménos fuertes y más ó ménos complicadas. Gracias á ellas, y á los procedimientos siempre lentos y trabajosos de MM. Laurent, Kinit, Chandrou y otros grandes ingenieros, pudieron llevar á cabo las costosas obras de perforacion de los pozos artesianos de París y los de las minas del norte de Francia.

El mayor adelanto consistia, y voy á diseñarlo para que se comprenda todo lo trabajoso y lento de la obra, consistia, digo, en ir bajando poco á poco por la roca hasta encontrar el pozo, un trépano sostenido por un cable que se hacia accionar desde la superficie, con el fin de ir desgastando la roca en cierto espesor, luego se volvía á sacar el trépano reemplazándolo por un utensilio pocero que recogiese los fragmentos desprendidos; limpio así el fondo volvía á introducirse el trépano y las operaciones continuaban así consecutivamente. Pero además de no adelantarse ni metro y medio por dia, restaba el gran, el casi insuperable inconveniente del principio del trabajo, esto es, del modo de atacar la roca en su primer superficie.

Pues bien, los americanos han inventado un procedimiento nuevo que bajo el punto de vista de la perforacion de los pozos y agujeros de sondaje, producirá una revolucion tan considerable como la producida por la aplicacion de la pólvora en las galerías de las minas. Este procedimiento, usado con éxito creciente no sólo en las importantes minas de Pensilvania, sino en otros trabajos de perforacion, se llama *el sondaje al diamante*.

La industria le ha colocado en diversos sistemas de máquinas, pero el procedimiento fundamental es sencillo é igual en todas ellas. Bájase al pozo un tallo rígido en cuya base se halla adaptada una serie de diamantes que deben atacar y desgastar la roca, como lo efectúan, merced á su mayor dureza; el tallo perforante gira continuamente sobre sí mismo, y los diamantes van trazando millones de rayas en el fondo del agujero y pulverizando la roca sin gastarse. Por el interior del tallo perforante que es hueco, se hace de cuando en cuando descender una corriente de agua que llega al fondo por el impulso de una bomba, y elevándose hacia afuera por entre el

tallo y las paredes del agujero, sube á la superficie bajo una presion hidráulica considerable, arrastrando consigo todo el polvo y partículas disgregados en el desgaste de la roca. No hacen falta utensilios especiales de limpia, ni elevar el tallo; el trabajo se hace continuo, hundiéndose sin interrupcion el tallo perforador. Cada vez que este baja á mayores profundidades que su longitud, se le añade un nuevo trozo. Este procedimiento, usado en un principio para los agujeros de sondaje de pequeño diámetro, ha servido en mayor escala para la perforacion de los grandes pozos de extraccion, y aún para las excavaciones de galerías mineras. Con tal sondaje ha abierto M. Pleasant los dos pozos gemelos de Pottsville, cuya seccion es de cinco metros de largo por cuatro y medio de ancho, obteniendo en otras obras un adelanto de trece metros por dia.

Puede objetarse que tal procedimiento no es susceptible de gran desarrollo por el excesivo coste de los diamantes, pero no es así. Los empleados en las máquinas perforadoras son diamantes negros, irregulares, llamados vulgarmente *carbones* y que no exceden en su precio al tipo de treinta á cuarenta pesetas el quilate, y como quiera que no se gastan apénas, la única dificultad consiste en su firme adhesion al tallo, que se ha de operar con sumo cuidado y gran solidez.

La mayor parte de los grandes pozos, de los Estados Unidos han sido abiertos por este método, y el empleo del diamante que permite operar con tanta rapidez ha sido una de las causas, segun respetables opiniones, del gran desarrollo que actualmente toma la industria hullera en América.

Evidentemente en la naturaleza nada debe existir inútil; los defectos que achacamos á algunas de sus producciones, no son suyos sino de nuestra razon, que aún no ha alcanzado las relaciones secretas que existen entre todo lo creado y el desconocimiento de todas sus aplicaciones.

Acaso llegue pronto el dia en que el diamante pueda ostentarse más orgulloso de su mision en las modestas manos del obrero, que en la torneada garganta de las damas de nuestros salones; entonces el hombre llevará en su anillo no un símbolo banal de su estéril vanidad, sino un emblema de la verdadera dureza, de la dureza incontrastable, de su incesante trabajo dominador del orbe.

J. G. CABIEDES.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

El lago Superior, el de Michigan, el Huron, el de Erié y el Ontario son los mayores que existen en los Estados Unidos de América. Hé aquí sus dimensiones, segun las mediciones oficiales y catastrales recientes.

La mayor longitud de cada uno de ellos es respectivamente 335, 300, 300, 250 y 180 millas. Las mayores anchuras son 160, 108, 108, 80 y 65 millas; las profundidades medias son 688, 690, 600, 84 y 500 piés; la respectiva elevacion sobre el nivel del mar es 827, 506, 274, 261 y 261 piés; y las superficies son por el mismo orden 82,000, 23,000, 20,000, 6,000 y 6,000 millas cuadradas.

La superficie total que ocupan los 5 lagos juntos es de 135,000 millas cuadradas.

* *

Asegúrase que ha sido descubierto por un sabio alemán el lugar en que se halló situado el Paraíso terrenal.

El profesor Delitzsch es de opinion que la region en que existió el jardin del Eden, era aquella comarca de Babilonia situada inmediatamente al norte de esta ciudad, entre el Tigris y el Eufrates, que constituian respectivamente sus fronteras por este y oeste. Su limite norte puede señalarse trazando una recta desde Bagdad sobre el Tigris á Akkad sobre el Eufrates, mientras que una paralela á esta trazada desde Babilonia sobre el Eufrates hasta el Tigris, fija con exactitud su frontera al mediodía.

* *

El geólogo Carlos Pettersen de Tromsøe ha designado con el nombre de *Arktis*, á una masa de tierra que pretende ha existido en otros tiempos entre Noruega, Nueva Zembla y el Spitzberg.

La teoría del sabio geólogo se funda principalmente en la existencia de una meseta sub-marina, descubierta recientemente por las expediciones noruegas.

Sostiene además que tal extension de tierra facilitaria la explicacion de las actuales condiciones geológicas y biológicas de Noruega y el Spitzberg, y que su duracion alcanza el fin del periodo cuaternario.

* *

La ciencia tiene que registrar en las páginas de su gran libro, la muerte de un intrépido explorador, el doctor austriaco Sigifredo Laugner, que como el doctor Crevaux ha recibido la muerte de manos de los salvajes. El doctor Laugner ha sido asesinado por una tribu de los Daours, en Arabia.

* *

LA FRONTERA DE TESALIA.— Hace poco que griegos y turcos se disputaban la posesion de Nezeros, como punto estratégico en los límites de la frontera, entre sus respectivos territorios de Tesalia. Turquía ha cedido con respecto al abandono de Nezeros, pero no por esto ha terminado el desacuerdo. En la actualidad se trata de saber quién se quedará con Gunitza que domina los desfiladeros de Kalamari y las comunicaciones entre la Tesalia Oriental y la Occidental.

Esta es una montaña situada á dos leguas de Larissa y tras de la cual se desliza el Peneo, cuyo *thalweg* debía constituir la frontera. Hállase ocupada esta montaña por los turcos, al igual que los inmediatos desfiladeros de derecha é izquierda, los de Zarko y de Elasons, por los que el enemigo puede invadir con toda libertad la Tesalia.

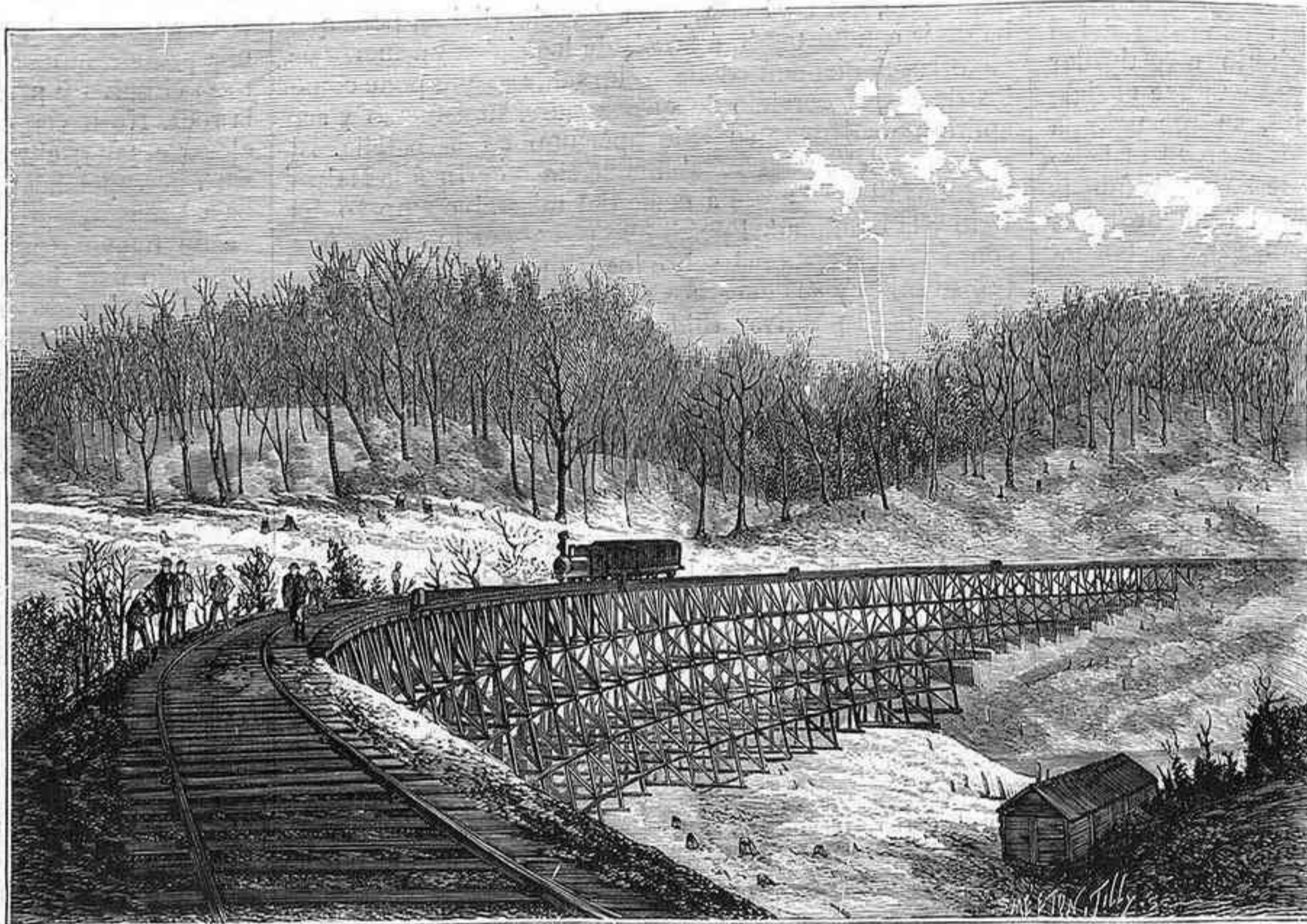
De esta manera los turcos son dueños de una parte del curso del Peneo, que no puede ser utilizado por los habitantes de Larissa. Gunitza es una posición tan importante como Karali-Derven. Por este lado el país se halla inhabitado y muy bien defendido por los desfiladeros del Tempe. El camino de Gunitza queda abierto.

NOTICIAS VARIAS

Va á construirse en Garabit (Cantal) uno de los más admirables puentes del mundo.

Enlazará dos montañas separadas por un abismo en el fondo del cual se precipita un torrente; y su altura es de 124 metros: la gran arcada central tendrá una cuerda de 165 metros.

Se estima su coste en tres millones de francos: la piedra que ha de emplearse se calcula en 17,000 metros cúbicos, y el peso del hierro en tres millones de kilogramos.



El puente de madera de Western Fork, en el Canadá

Para dirigirse desde Saint-Flour á Garabit, los carruajes emplean próximamente dos horas.

Garabit está situado en la municipalidad de Courabessa, canton de Ruinas, en el punto donde el camino de hierro de Marvejols á Neussargues cruza el Truyera.

Una de las actuales curiosidades de la provincia de Manitoba en el Canadá, es la ciudad ambulante de Boomtown. Se la encuentra siempre en el punto extremo á donde llega sucesivamente la vía férrea destinada á unir la costa Oriental del Canadá con la del Pacifico.

Cuando se establece esta poblacion donde acaba la parte de la línea en explotacion, se venden los terrenos

por minuto, lo que dará á sus ruedas una velocidad de cuarenta y cinco millas por hora; y á los buques, dada la resistencia del agua, una rapidez efectiva de veinticinco millas.

En estos vapores no existirán balances ni cabeceos, viajándose de este modo, aunque reine el temporal, tan cómodamente como en un buen coche de muelles.

México y los Estados Unidos están ya en comunicacion directa por tierra, mediante un ferro-carril que va de la ciudad mexicana de Monterey á Corpus Christi en el estado de Texas. La línea se abrió á la circulacion el 1.º de setiembre.



PASEO POR LA PLAYA, cuadro de M. Volkhart

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON